

GRANADA, EL DESAFÍO URBANO

*Por Mario Madrid
Argentina*



Otoño andaluz. Domingo con turistas y ciudadanos que transitan el centro granadino, la Gran Vía no duerme, las plazas colorean la tarde, y una caminata apacible por la Carrera del Darro, que comienza en la Plaza Nueva nos dirige hacia el mirador de San Pedro y San Pablo. Ahí la ciudad toma un vértigo que, sin dudas, la despierta y la obliga a poner en juego su accesibilidad plena. Un carro tirado por caballos que lleva a la pareja de recién casados, la hilera de vehículos eléctricos personales, con turistas centroeuropeos que mantienen el cuerpo rígido con un colorido casco que los unifica, un “skater” que desciende las escaleras de las callejuelas perpendiculares, un par de ciclistas todo terreno que esquivan a los peatones como si fueran obstáculos que les divierte, una señora mayor con un corralito rodante que le permite desplazarse, eso, y mucho más en un mar de personas que pululan por una de las calles con más celebridad y concurrencia de la deliciosa ciudad.

Esto habla de un esquema urbano accesible en un espacio que naturalmente no lo es: hablamos de estar a la vera del río, de una calle angosta, concurrida, con ciudadanos sin prisa, turistas que caminan lento, mirando todo sin pretender obviar detalles y tomar fotografías, bares, negocios, hoteles, en fin, vida plena de ciudad en una calle que la historia del desarrollo urbano no preparó para semejante movilidad. El secreto de la convivencia radica, entonces, en el pacto tácito que establece el paseante con el lugar, él comprende que está en un espacio al que debe adaptarse porque de lo contrario no puede compartirlo. El lugar, por su parte, hizo todo lo posible para convertirse en un paseo accesible, sin perder la identidad, el origen y el valor patrimonial que heredó. El equilibrio entre las pretensiones del peatón demandante y el cuidado físico que el lugar

no está dispuesto a ceder es el producto de la conciencia de quién planifica la ciudad y de la implícita convicción de aquel que pretende disfrutarla sin perder su esencia.

Cualquier ciudad, en tanto núcleo urbano definido como tal, más allá de la ubicación geográfica que se asignó, entendemos que siempre debe llevar implícito ese pacto. Asequible, renovable, mutante, tan transformador que de alguna manera obligue a las



partes, al individuo y al entorno físico a respetarse en una convivencia que, aún con dificultades, les permita a ambos lograr una plenitud. Para muchas ciudades españolas, como Granada, el desafío es más acuciante aún cuando las limitaciones del espacio se ve abordado por un avance poblacional, propio y visitante,

con personas, automóviles, medios de transporte que desafían permanentemente la vigencia de ese acuerdo de respetuosa convivencia y que convierte a la función pública - específicamente al municipio- en el garante que permita lograr el equilibrio y la solvencia que las ciudades necesitan.

La Editorial de **VOX LOCĀLIS** no se responsabiliza de los juicios y opiniones expresados por los autores en sus artículos y colaboraciones.